

ENERO 2013. PROFECÍA DE SIMEÓN. SACRISTÍA MAYOR

Pasados cuarenta días del nacimiento de Jesús, María y José fueron al templo para presentar a su hijo como hacían todas las familias judías con su primogénito siguiendo la ley de Moisés. Dos ancianos, Simeón y Ana, les recibieron al llegar reconociendo en aquel niño al Señor y Mesías, luz y salvación de la humanidad, por lo que alaban gozosos a Dios. "Mis ojos han visto a tu Salvador, a quien has presentado ante todos los pueblos: luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel", fueron concretamente las palabras de Simeón. Y seguidamente anunció a María el dolor que le acompañaría a lo largo de su vida: "Y a ti, María, una espada te traspasará el alma".

Desde la encarnación María había sido consciente de que su vida no iba a ser fácil. Ser la Madre de Dios no significaba ausencia de sufrimiento. Un sufrimiento que se debía traducir en confianza a Dios pues continuamente tendría que reiterar el "fiat" (hágase) que dio cuando se le apareció el ángel para comunicarle que Dios se había fijado en ella para ser la Madre de su Hijo. El dolor de María es consecuencia de la propia vida de Jesús ya que, como profetizó Simeón, "estaba puesto para que muchos en Israel cayeran y se levantaran, siendo como una bandera discutida". Y María, asociada indiscutiblemente a la vida de su Hijo, es partícipe también del rechazo de quienes les incomoda el mensaje de amor y de paz que Jesús predicó y del sufrimiento que conlleva. Pero que, por su fidelidad, se transformará en triunfo en la resurrección de Jesús, de la cual María recibió las primicias.

También nosotros, ofreciendo a Dios nuestros sufrimientos, esperamos alcanzar un día la vida del reino de los cielos.

JOSÉ ANTONIO GOÑI BEASOAIN DE PAULORENA
CANÓNICO

